

Jiménez Herrera, Fernando: *El mito de las checas. Historia y memoria de los comités revolucionarios (Madrid, 1936)*. Granada, Comares, 2021. 280 pp.

En el año 2017, la hispanista Maria Thomas celebraba en un breve ensayo bibliográfico la proliferación de un creciente corpus de estudios originales dedicados a renovar el conocimiento de la violencia en la retaguardia republicana. La autora, que ha contribuido de una forma sobresaliente a esta actualización, certificaba al tiempo la obsolescencia de las narrativas simplistas, maniqueas y homogeneizadoras que habían dominado estas indagaciones durante décadas. Sin duda, en los últimos años, este campo de estudios se ha nutrido de varios títulos que han brindado novedades conceptuales y metodológicas de relieve. La concesión del Premio Nacional de Historia a Fernando del Rey en 2020 es, por lo demás, un claro síntoma del interés que continúa suscitando. Y, sin embargo, poco más de un lustro después de aquellas palabras de Thomas, parece evidente que este ritmo de publicación y renovación ha sufrido una cierta desaceleración, particularmente perceptible si se compara con el siempre pujante estudio de la represión franquista.

Es por ello que la edición de *El mito de las checas* constituye una noticia excelente para un área de investigación necesitada de revulsivos y de continuidad. En sus páginas, Fernando Jiménez Herrera nos ofrece un detallado estudio de los comités revolucionarios madrileños y de las diversas representaciones de los mismos que se erigieron en la propia guerra y durante el franquismo. La propuesta destaca por su meritoria genealogía de estos espacios de sociabilidad y de actividad plural – no solo violenta – y devuelve la densidad histórica a sus integrantes. A su vez, desmiente de forma convincente su presunta inspiración en la Cheká soviética y rastrea el origen y la pervivencia de estas percepciones interesadas. Doctor por la Universidad Complutense de Madrid, el autor reformula así, en menos de trescientas páginas, sus hallazgos tras más de diez años bailando con uno de los temas más elusivos de la historiografía española. Esta puesta de largo le llega a Jiménez con docena y media de trabajos dedicados, en buena medida, a la “comitecracia” instalada en la retaguardia madrileña. Una trayectoria en la que ha alternado sólidas interpretaciones de conjunto con certeros estudios de caso apoyados en repertorios documentales inéditos. Comares, con una edición limpia y atractiva marca de la casa, suma así otro tomo indispensable a su colosal colección de historia.

Zambullirse en la marea sangrienta del verano madrileño del 36 obliga al investigador a medirse con la larga sombra de varios referentes de la historiografía de la guerra civil de altura. A *El mito de las checas* le toca codearse con la mirada a la capital del texto monumental de Paul Preston o de las controvertidas pero ineludibles aportaciones de Julius Ruiz, pero también con las agudas y decisivas incursiones de verdaderos *todocampistas* de la violencia como José Luis Ledesma. Es por ello, también, que los debates añejos pero vigentes sobre la violencia en la retaguardia

republicana recorren el volumen. A él tendrá que acudir el público que busque las últimas novedades en la impugnación de los relatos irracionalistas heredados – legado de la propaganda franquista pero también del antifranquismo – sobre el carácter “incontrolado” de las agresiones. También quienes sigan los avances relativos a la pluralidad de actores, lógicas y prácticas que integraron la argamasa de estas violencias colectivas o a la luctuosa competencia entre nuevos “micropoderes” y los restos y remiendos de las antiguas instituciones.

El volumen resiste la comparación a través de siete capítulos bien proporcionados y de lectura ágil. En ellos, el autor resuelve la narración con un estilo directo y efectivo y cede siempre la escena a sus protagonistas y a un copioso respaldo documental que encabezan los procesos judiciales militares franquistas. Estas páginas rastrean el origen de los comités en espacios locales de afinidad y organización política y sindical con una trayectoria dilatada en el conflicto sociopolítico de los lustros precedentes. Fue en el seno de estos grupos – que cumplían labores de movilización, pero también asistenciales o educativas – donde surgieron comités que asumieron las tareas parapoliciales y parajudiciales. El autor matiza que la coincidencia de parte de su personal y espacios de actuación no implica que los comités – con relativa autonomía – y los grupos de los que emergieron fuesen entidades intercambiables. Jiménez se adscribe a la corriente que propone que el debilitamiento del Estado permitió la emergencia de lo que Rafael Cruz definió como una “soberanía múltiple” y la asunción por los comités de funciones propias de poderes públicos. Sin embargo, su estudio permite también explorar la coexistencia conflictiva de estos organismos con los retales de las instituciones estatales, policiales y municipales republicanas que también se implicaron en actividades violentas y trataron de absorber a los recién llegados. Sus apartados dedicados al Comité Provincial de Investigación Pública o a las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia son elocuentes al respecto.

Pero si algo destaca de esta apuesta investigadora es el estudio de caso dedicado a la barriada del Puente de Vallecas y la Villa de Vallecas. En estos enclaves el autor encuentra el solapamiento de realidades urbanas, rurales y de transición. La pluralidad de actores políticos y sindicales activos antes de la guerra y la tensión entre las dinámicas propias de su universo local y la influencia de la cercana capital conceden especial interés a estos núcleos del limes metropolitano. Jiménez estudia la creación conjunta de un comité antifascista en la Villa de Vallecas y la convivencia de comités fundados por socialistas, comunistas y anarquistas en el Puente de Vallecas y presta especial atención a su actuar violento. A pesar de sus diferencias, Jiménez ha subrayado también elementos convergentes. Los comités surgieron de los espacios asociativos existentes antes de la guerra y contaron con “especialistas” en tareas violentas que (voluntarios o escogidos) se contaban entre los militantes de mayor experiencia y trayectoria. Pese a las tensiones existentes entre proyectos vecinos de signo político diverso, por lo demás, el autor concluye que, en el caso de Vallecas, primó la colaboración, y la violencia tuvo, principalmente, un componente local. Advierte, eso sí, que en el Madrid de 1936, en general, se cumplen las predicciones, y los episodios violentos son más frecuentes allá donde existe mayor fragmentación política.

Esta minuciosa radiografía de los comités madrileños permite al autor abordar con mayores garantías su segunda pregunta de investigación: ¿En qué medida se puede hablar de *checas* en la Guerra Civil Española? Lejos de embarcarse en debates conceptuales huecos, su esfuerzo demuestra la importancia que revistió el uso de referencias tenebrosas compartidas como arma arrojada para la caracterización de

las violencias y la estigmatización de sus presuntos protagonistas. El libro aparece flanqueado por un primer y un último capítulo dedicados a la cuestión. El primero describe la Cheká soviética y descubre en la prensa y la literatura peninsulares la recepción del concepto durante los años prebélicos. El último deconstruye “el mito de las checas” desde sus primeras formulaciones en la guerra civil hasta sus usos presentes. Jiménez expone con claridad las similitudes y diferencias entre los comités y la Cheká. A pesar de haber compartido repertorios de acción, concluye que las diferencias eran sobresalientes. Si la Cheká había sido creada desde el Estado y defendía sus intereses, los comités eran fruto de un impulso “desde abajo” y de la autoorganización en formaciones políticas y sindicales que pugnaban por ocupar espacios abiertos por la debilidad institucional. Sus apoyos, sus fuentes de legitimidad, sus basamentos ideológicos y las lógicas que animaron sus violencias también resultaron divergentes. Según el autor, este recurso torticero y propagandístico al concepto respondió a la voluntad de justificar el golpe de Estado, de desacreditar a la República a nivel internacional y de deshumanizar al enemigo.

Sin duda, la obra de Fernando Jiménez Herrera supone un hito significativo en el tránsito desde las propuestas que se limitan a reunir una suma atonal de atrocidades hacia aquellas otras que ofrecen una historia vertebrada de las prácticas, lógicas y protagonistas de la violencia de retaguardia. Su exitoso trenzado de la historia y la memoria de los comités, su profundidad cronológica y su contigüidad con los estudios de represión franquista permiten un anclaje sobresaliente en los debates más transitados y prometedores del pasado traumático español. Sus estudios de caso, bien elegidos y resueltos, constituyen apuestas reveladoras y revulsivas, listas para ser comparadas y continuadas por la profesión. Revulsivos y continuidad son, en definitiva, dos ingredientes capitales para que este campo de estudios fermente de nuevo y recupere el dinamismo descrito por Maria Thomas.

Daniel Oviedo Silva
Universidad Pública de Navarra
daniel.oviedo@unavarra.es